

Pabellones de la Muerte, Campos de Concentración Animal

Aníbal Vallejo Rendón*

Estamos viviendo la época de la alimentación rápida a base de la carne de pollo que se encuentra fácilmente en cualquier lugar y bajo una amplia variedad de preparaciones para responder a las necesidades de una vida cada vez más acelerada. Como lo es la del mismo animal. Los comerciantes buscan con avidez ampliar sus mercados y las campañas publicitarias se dirigen a convencer a la población carnívora a su favor. Los anaqueles de los supermercados ofrecen distintos empaques de pollos enteros o despresados, así como embutidos y otras presentaciones.

Los restaurantes de comidas rápidas los sirven a toda hora. La publicidad anima al consumidor donde los precios los hacen competitivos en el medio y hasta los médicos los recomiendan como saludables para preservar el corazón.

Incluso se recurre a atractivos engañosos como la de la promoción referida al producto sano de "la granja a la mesa" que remonta al consumidor a la imagen idílica de la finca campesina donde pollos y gallinas revolotean libremente entre pastizales y sembrados, para encontrarlos paradójicamente en bandejas de icopor, desmembrados, cubiertos con celofanes transparentes que translucen una carne descolorida, blancuzca, sin rastros sanguinolentos que no generen rechazo en el comprador potencial.

Otrora las gallinas eran *gallinas*. Ahora son meras máquinas ponedoras de huevos. Antes, los pollos eran pollos. Ahora son simples artefactos dispensadores de carne. Anteriormente las gallinas agotaban un ciclo biológico. Ahora no superan el año de existencia cuando disminuye su potencial industrial como ponedoras de huevos. En el pasado, los pollos vivían libres por varios años en el gallinero. Ahora no superan los 45 días de engorde; lo anterior por la imposición de una opción tecnológica que comenzó a discriminar las aves propicias para la producción de huevos o para el engorde y posterior consumo de su carne.

Los resultados se concretan en dos tipos de aves muy distintas: las del primero ponen una cantidad asombrosa de huevos –entre 270 y 300 unidades por año- y las del segundo adquieren tal gordura que a la edad de seis o siete semanas casi no pueden sostenerse ni mucho menos caminar. Ambas pseudovariedades sufren horriblemente bajo esas condiciones. En la práctica, los galpones industriales contemporáneos de explotación de gallinas ponedoras son refinados campos de concentración. A esta modalidad de comercialización se le ha denominado gallinas ponedoras de batería.

En el proceso de selección –cuando se trata de gallinas ponedoras–, todos los machos nacidos en la incubadora son sacrificados inmediatamente. Tan solo salir de la cáscara del huevo, se sexan y los machos, o las criaturas más débiles o taradas, se desechan sacrificándolas mediante el envenenamiento con CO^2 o a través de métodos aún más crueles: la decapitación con cuchillas mecánicas. Esta modalidad se le aplica a los machos de determinadas razas preestablecidas pues resulta oneroso destinarlos a la

* Director de la Sociedad Protectora de Animales de Medellín

producción de carne.

Las gallinas de batería están condenadas a permanecer en una estrecha y pequeña jaula, con ciertas "comodidades" de espacio durante las primeras semanas. Luego son instaladas en sus celdas, donde permanecerán de uno a dos años, sin la menor posibilidad de extender sus alas, ni un soporte para practicar las habilidades prensiles de sus dedos; sin poder girar su cuerpo estabulado, con las rejas de alambre a sus pies, arriba, alrededor, confinadas, inmovilizadas.

Este sistema se instauró en los años treinta del siglo anterior con el fin de obtener lugares más amplios y de mejor salubridad, pues al separarse los excrementos –que caen al suelo debajo de las jaulas–, se evitan las causas de una gran cantidad de infecciones. Sin embargo, no se consideraron los hábitos y necesidades de estas aves en cuanto seres vivos y el concepto plano del pragmatismo financiero las transmutó en máquinas ponedoras de huevos.

A partir de la época mencionada, esta industria gigantesca en crueldad se fue extendiendo por todo el mundo. A principios del siglo pasado se argumentaba que la avicultura adolecía de limitaciones que impedían su desarrollo por la carencia de espacios suficientes para instalar los gallineros; la imposibilidad de abandonar el trabajo habitual y la necesidad de alejarse de los centros urbanos. No se concebía la idea de engordar gallinas sin gallinero y criar millares de pollos sin granja que los hospedara.

A guisa de solución, se dio paso a la llamada explotación ultraintensiva, que posibilitó criar gallinas y engordar pollos sin tierra para satisfacer sus necesidades básicas.

Los manuales de entonces promocionaban la avicultura ultraintensiva como la solución al desempleo; la entretención para el desocupado y la obtención de fáciles ganancias sin demasiado esfuerzo. Otros seres vivos serían los que perderían la libertad y entrarían al sistema de explotados: las aves de corral. Porque ninguna de ellas se escapa al sometimiento: pollos, gallinas, pavos, gansos, piscos, patos, codornices...

En el sistema semi-intensivo se les mantuvo en reclusión relativa ya que gozaban de cierta posibilidad de movimiento en patios a los que tenían acceso durante algunas horas al día. Pero la ambición suele acallar las discretas voces del decoro y la sensatez. La búsqueda de ahorro en gastos de personal le abrió paso al sistema intensivo y estas nuevas víctimas de la producción a gran escala fueron alojadas en interiores.

A finales del siglo XIX la zootecnia ya imperaba en España y sus estudios de corte positivista acerca del proceso fisiológico de la formación del huevo concluyeron que éste no es más que la transformación de la materia nutritiva que el ave ingiere y que no le es necesaria en su totalidad para mantenerse en plena salud. Como la gallina en cautiverio permanece inmóvil, no sufre desgaste energético, en beneficio de la producción de huevos.



Aparecieron entonces gallineros de doble y aún triple piso y de un reducido número de aves se pasó a millares en los cada vez más reducidos espacios dedicados a su explotación comercial. De ahí la reciente connotación negativa de este vocablo para aludir a recintos incómodos, hacinados o insalubres.



Días interminables de pie, agachándose para picotear como único movimiento, sobre un piso incómodo

enrejado que no solo les impide cumplir con sus instintos sino que les causa deformidades y escoriaciones. Ausencia de sol, carencia de noche, con luces artificiales en forma permanente que les altera el ritmo biológico, aislamiento de su especie, inmovilidad, estrés. Una existencia miserable, aterradora. Los "bateristas" arguyen que las gallinas cacarean (¿de felicidad?) en sus jaulas. Como los traficantes de esclavos también esgrimían que éstos "bailaban" cuando los sacaban a cubierta en los barcos para moverse.

Desde que empiezan su vida hasta que la terminan estas criaturas sólo experimentan sufrimiento y dolor. De pequeñas sufren el recorte del pico para impedir desesperadas agresiones recíprocas causadas por el desespero del confinamiento, que les produciría una mutilación dolorosa para el resto de sus días, semejante a las amputaciones padecidas por los seres humanos.

A las ponedoras se les corta la cresta al nacer para evitar su roce con los alambres de las jaulas. Como los machos, sufren en su cautiverio, pero las hembras soportan una más prolongada explotación.

"Es increíble que no se encuentre entre nosotros ningún moralista ni ningún predicador que haga sentir su protesta contra la costumbre de alimentarnos con carnes de animales asesinados".

Albert Einstein.

La diferencia existente entre estos animales atormentados, viviendo días artificiales, sin reunirse, con un aspecto desolador tanto físico como anímico, y la vida de las gallinas libres picoteando, escarbando, aleteando, recibiendo los rayos del sol en cualquier humilde solar campesino, es enorme.

Los animales de cría intensiva son tratados como si no fueran más que productos en una línea de ensamble; producidos masivamente mediante un sistema diseñado para optimizar la velocidad y la eficiencia, sin el menor interés por sus sentires y peculiaridades.

Rumbo a la muerte, el rudimentario transporte les causa un indecible sufrimiento. Lo que sucede en los mataderos le produciría repugnancia a los desprevenidos consumidores por los métodos que se emplean y la insensibilidad con que se trata a quienes nos proveen de nutrientes. A todo esto hay que agregar que las gallinas ponedoras, cumplido su ciclo de postura, terminan siendo sacrificadas en forma masiva para renovar el entable con otra camada. Y terminan en lo que en la industria de los embutidos se llama "pasta de pollo". En los Estados Unidos dicho producto se destina a la preparación de alimentos para concentrados de animales domésticos y no se puede utilizar para el consumo humano.
La pasta se elabora con desechos de aves tales como patas, uñas, cabezas, picos, crestas, huesos, nervaduras y cartílagos, que componen la mayoría del contenido de los embutidos, además de colorantes, preservativos y un elevado porcentaje de agua. Todos estos subproductos de las aves son sometidos a noventa días de congelamiento y no son aptos para otro tipo de comercialización.

Para la mayoría de los seres humanos, especialmente los que viven en comunidades urbanas o suburbanas, la forma de contacto más directo con los animales se establece a través de sus hábitos alimenticios.

En esta relación radica la clave de la actitud hacia las otras especies animales y de lo que podemos hacer para cambiarla. El abuso con que se crían para el consumo humano excede cualquier otro tipo de maltrato. Nos estamos refiriendo a la explotación más desaforada que jamás haya existido con alguna otra especie en el planeta.

La presentación comercial de estas carnes se hace en atractivos empaques plásticos exentos de rastros sanguinolentos. No hay motivo para asociar estas porciones con un animal vivo que otrora respiraba, caminaba, volaba, y ante todo, que sufría y sentía. Los mismos términos que se emplean para su venta desfiguran su origen; mientras más selecto el restaurante más sofisticado será la denominación con que se designe el plato preparado con restos de las aves descuartizadas.

Los pollos y las gallinas tienen la desgracia de ofrecer una doble utilidad para los humanos: su carne y sus huevos. Ambos sufren de diferentes maneras: en el proceso general de crianza, en el transporte y en el matadero; es decir, durante toda su miserable existencia. Por ello nos duele la contradicción implícita entre presuntos proteccionistas de los animales –los quieren mucho, se preocupan infinidades por su maltrato–, y no obstante se sacian de los platos servidos manchados con la sangre invisible del sufrimiento velado. Los animales son despiadadamente explotados por los seres humanos y lo que se pretende es suprimir ese sufrimiento donde surja. Adoptar una opción respetuosa de la dignidad de la vida.

Referirse a gustos alimenticios en una sociedad donde aún campea el hambre podría semejar un despropósito. No obstante, la mayoría de las enfermedades provienen de la deficiente alimentación: o excesiva comida, o muy poca o mala. De todas formas, la ciencia médica occidental está más preocupada por curar las enfermedades que por prevenirlas.
La salud es el fruto del merecimiento gracias a un esfuerzo personal conforme a las leyes de la naturaleza. El ser humano no está concebido para comer carne. Y muchos no lo hacen tras la búsqueda de una vida más prolongada y saludable; para proteger el entorno, debido a creencias religiosas, por economía o por simple respeto a la vida animal. Una dieta basada en el consumo de carne no sólo es un tormento para quienes la proveen sino para la propia salud humana. Nuestra especie no evolucionó en tanto carnívora como condición sine qua non.

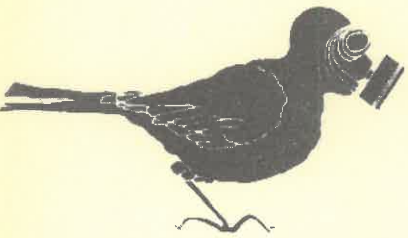
Formamos parte de los primates y todos ellos son vegetarianos, salvo contadísimas excepciones. Chimpancés, gorilas y otros, se alimentan principalmente de frutas y vegetales. Como nosotros, sus requerimientos nutricionales se satisfacen fácilmente con una dieta completamente vegetariana. Todas las proteínas, minerales y vitaminas que el cuerpo humano necesita se obtienen con facilidad de las plantas. Contamos con una constitución orgánica radicalmente diferente de los mamíferos carnívoros. Los carnívoros naturales poseen un tubo digestivo una cuarta parte menor en comparación con la longitud que presenta el de los animales vegetarianos. El extenso y espeso sistema digestivo de los humanos está mal adaptado para digerir y excretar una carne ingerida que podría descomponerse fácilmente.

El vegetarianismo –la opción no carnívora en general– entraña una forma de vida. Su régimen dietario beneficia el corazón, desacelera la alta presión sanguínea, incrementa la masa muscular, la sensación de fuerza y la resistencia corporal. Es eficiente respecto al gasto energético, es más económico a la hora de establecer presupuestos y responde a las necesidades de la naturaleza. El organismo humano no está dotado de colmillos ganchosos, ni de olfato o vista agudos, ni de garras para destrozar.

La simple observación constata este aserto: contamos con un pulgar opuesto y hábiles dedos que evolucionaron para recoger frutas, hojas, hierba, semillas. No tenemos instinto de presa, ni carrera rápida, ni un intestino corto, como sí lo tienen los animales carnívoros. La carne se digiere en el estómago –razón por la cual los perros no la mastican y se la tragan–. Estos cuentan







en su estómago con los jugos (ácidos) digestivos que les permiten digerir la carne y demás inmundicias que ingieren, incluídos huesos.
El ser humano es vegetariano por naturaleza. Un estudio comparativo sencillo de anatomía demuestra que los órganos del cuerpo humano son más parecidos a los órganos de los seres herbívoros que a los de los seres carnívoros. La estructura dental del hombre está constituida por filosos incisivos para cortar hojas y tallos, molares planos para triturar granos y verduras, y sólo cuatro caninos cortos y poco afilados para desgarrar carne. Sus intestinos miden doce veces el largo de su cuerpo y están hechos para la digestión lenta de vegetales y frutas. Al igual que todos los otros animales vegetarianos, nuestra piel tiene millones de poros que nos permiten transpirar libremente para regular nuestra temperatura. Los carnívoros como los perros y los gatos, no pueden sudar y necesitan jadear para refrescarse.

No hay por qué asombrarse si una dieta de carne nos atrae tantos problemas. Las enfermedades del corazón son las responsables de un altísimo número de muertes humanas, indiscutiblemente relacionadas con la grasa y el colesterol provenientes de las dietas carnívoras. Las arterias coronarias se ramifican de la aorta para llevar oxígeno al músculo cardíaco. El colesterol, de origen animal, gradualmente impregna las paredes de las arterias coronarias con capas de material celular y calcio, hasta taponar la arteria. Si las arterias se congestionan parcialmente, no pueden transportar el oxígeno suficiente al corazón cuando está latiendo rápidamente.



Lo anterior genera dolor en el pecho (cuadros anginosos) durante el ejercicio o la agitación anímica. Cuando el abastecimiento de la sangre se bloquea completamente, el resultado es la muerte de una parte del músculo del corazón (infarto del miocardio). Las arterias se tornan tan duras y quebradizas como el tubo de una pipa de barro; hay tanta presencia de calcio, que más que arterias se trata de piedras: al cortarlas con tijera durante la autopsia se oye una especie de crujido.
A este fenómeno se le denomina arterioesclerosis. Deberíamos retener que las patologías de estos vasos comienzan en la adolescencia, tras la acumulación de toxinas durante unos tres lustros regidos por las tradicionales prácticas nocivas con las que alimentamos a nuestros hijos.
Las escuetas estadísticas oficiales de salud mundial demuestran que las naciones con más altos índices de cáncer son las que recurren en mayor grado al consumo de carne.

Las células animales mueren muy rápidamente al interrumpirse la circulación sanguínea. Tan pronto como la vida cesa, las proteínas animales se coagulan y se liberan enzimas de descomposición (cadaverina). Después de un día o dos, la carne animal adquiere de manera espontánea un nauseabundo color gris verdoso que las industrias tratan de prevenir mediante nitratos y otros preservativos. En esta carne, exhibida en las asépticas vitrinas de supermercados, ya se ha iniciado el desarrollo de bacterias y su proceso de putrefacción continúa en el interior del organismo humano.

Este tipo de alimento –en la filosofía yoga védica hindú– forma parte de los influenciados por la ignorancia: los alimentos podridos, descompuestos y sucios. En contraste, para nuestro pleno desarrollo psicosomático, requerimos de los alimentos influenciados por la bondad: las frutas, los granos y los vegetales.

Porque "la carne nunca se puede obtener sin hacer daño a las criaturas vivientes", según se afirma en aquel antiquísimo código de leyes hindú, "es increíble que no se encuentre entre nosotros ningún moralista ni ningún predicador, que haga sentir su protesta contra la costumbre de alimentarnos con carnes de animales asesinados": Albert Einstein.